

LA CONQUISTA DEL ESTADO

SEMANARIO DE LUCHA Y DE INFORMACION POLITICA

Madrid, 10 de octubre de 1931

Director: RAMIRO LEDESMA RAMOS

15 céntimos

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| | | | |
|------------|--|----|-------|
| Seis meses | España, África española, Portugal y América hispana. | 4 | plata |
| | Extranjero. | 8 | — |
| Un año | España, África española, Portugal y América hispana. | 8 | — |
| | Extranjero. | 16 | — |

Suscriptores protectores: un año, desde 50 ptas

Redacción y Administración:

Avenida Eduardo Dato, 7

Año I Núm. 21

Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista

Por qué nacen las Juntas

La tremenda angustia de advertir cómo día tras día cae nuestra patria en un nuevo peligro, aceptando la ruta desleal que le ofrecen partidos políticos antinacionales, nos obliga hoy a hacer un llamamiento a los españoles vigorosos, a todos los que deseen colaborar de un modo eficaz en la tarea concretísima de organizar un frente de guerra contra los traidores.

Invocamos esa reserva fiel de que todos los grandes pueblos disponen cuando se advierten roídos en su entraña misma por una acción disolvente y anárquica. Acontecen hoy en nuestro país cosas de tal índole, que sólo podría justificarse su vigencia después de un combate lento con minorías heroicas de patriotas. El hecho de que estas minorías no hayan surgido, nos hacen sospechar que entre los núcleos sanos de nuestro pueblo nadie se ha ocupado hasta hoy de propagar con pulso y coraje la orden general de Servicio a la patria!

Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista nacen precisamente en virtud de esa sospecha nuestra de que no existe en el panorama político fuerza alguna que garantice la defensa heroica de los ideales hispánicos. No nos resignamos a que perezcan sin lucha los alientos de España, ni a que se adueñen de los mandos nacionales hombres y grupos educados en el derrotismo y en la negación.

Ahora bien; nuestro compromiso de entablar batalla violenta con las organizaciones enemigas, no limitará nuestra acción a hazañas destructoras, sino que también aspiramos a ofrecer un manejo completo de soluciones a las dificultades de todo orden que impiden en esta hora la prosperidad del país.

¿Dónde está el enemigo?

Tal es el incremento que han tenido en nuestra patria las propagandas traidoras, que no se requiere mucho esfuerzo para dar con él. Si bien la ola marxista es la que amenaza con más agresividad oponerse a la grandeza española, serán también considerados por las Juntas como enemigos todos aquellos que obstaculicen en España, por egoísmo de partido o fidelidad a ideales bobos y fracasados del siglo XIX, la propagación del nuevo Estado, imperial, justo y enérgico, que el nacional-sindicalismo concibe.

Los partidos marxistas—socialismo, comunismo—son algo más grave que una concepción económica más o menos avanzada. Una supuesta crisis de la sociedad capitalista, que nosotros señalamos más bien como crisis de gerencia capitalista, no autoriza a que unas hordas semisalvajes insulten los valores eminentes de un pueblo y atropellen la voluntad nacional. El resentimiento marxista es el máximo enemigo, y hay que aniquilarlo en nombre de la patria amenazada.

No caben pactos con el marxismo. Es increíble que en España no se le hayan enfrentado réplicas rotundas. Sólo la desorientación que hoy se extiende por todo el área nacional, nublada los ojos de las gentes, justifican esas victorias electorales que las provincias otorgan al socialismo.

Las Juntas denunciarán también como enemigos de la patria a todos los que en el trance difícil por que atraviesa el país se permitan obstaculizar el avance de las organizaciones nacionales. Nunca más justificados que ahora los posibles excesos en que éstas incurran, a la vista de los crímenes y las deslealtades con que no se vacila en herir la sagrada unidad de España.

Ahí está la desmembración nacional y la triste cosa de ver cómo se entregan a un sector exaltado de traidores catalanes jirones de soberanía. Ahí está la atmósfera deprimente, el elogio de la transigencia y de la cobardía, la exaltación de una España fraccionada, los llamamientos hipócritas a la concordia, medios todos ellos de reprimir la protesta y el coraje de los españoles.

La actuación de las Juntas

A las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista se le ofrecen, naturalmente, varias tácticas para luchar contra sus poderosos enemigos. Desde luego rechazan la táctica electoral y parlamentaria, sin que esto quiera decir que no la utilicen de un modo ocasional. Son más adecuados y eficaces a sus propósitos los métodos de acción directa, y puesto que acusan al Estado de no vigilar con suficiente intensidad las maniobras de los enemigos de la patria, subsanarán con sus propios medios las deficiencias que advierten.

No se olvide que nuestro nacional-sindicalismo acepta con alegría la realidad revolucionaria. Creemos que la revolución es aquí imprescindible y debe hacerse. Pues no estamos dispuestos a que los medios insurreccionales, con su gran fecundidad creadora, sean exclusivamente utilizados por los charlatanes de izquierda. De otra parte, el hecho de que las Juntas se denominen de «Ofensiva», señala con claridad nuestro carácter revolucionario, es decir, que nos reservamos la aspiración de subvenir el actual régimen económico y político e implantar un Estado de eficacia española.

Es indudable que la tendencia liberal y parlamentaria que hoy asfixia a la vitalidad del país, procurará por todos los medios desprestigiar e inutilizar nuestra acción. Las esferas (provisionalmente) directoras hacen hoy todo lo posible por desvitalizar al pueblo, despojándolo del heroísmo proverbial de nuestra raza. Se pretende reducirlo así a la impotencia, supliendo con esbirros dóciles la actuación ejecutiva del

pueblo patriota. Hay castigos, como los que merecen los separatistas, los anarquistas y todos los afiliados a partidos antinacionales, cuya ejecución no debe ser encomendada a mercenarios, sino al pueblo mismo, a grupos decididos y generosos que aseguren con su acción la íntegra salvaguardia de la patria.

La acción directa que las Juntas proclaman como su método predilecto de lucha, no ha de entenderse como una práctica exclusiva de la violencia. Más bien como una táctica que prescinde del actual Estado liberal-burgués, como protesta contra la inercia de éste frente a las audacias de los grupos antinacionales.

Pero la acción directa es asimismo violencia. El hecho de que la decrepitud pacifista imponga hoy en España que sólo la Guardia civil pueda batirse contra la anarquía y rechace con pavor análogo al de una virgencita el uso viril y generoso de las armas contra los enemigos de la patria, este hecho, repetimos, no puede ni debe influir en la táctica de las Juntas.

¿Quiénes deben formar parte de la J. O. N. - S.?

Naturalmente, las Juntas que estamos organizando no son incompatibles con la República. En nada impide esta forma de Gobierno la articulación de un Estado eficaz y poderoso que garantice la máxima fidelidad de todos a los designios nacionales. Los partidarios del nacional-sindicalismo pueden, por tanto, reclutarse entre todos los españoles que acepten sin discusión la necesidad de lograr a costa de todos los sacrificios el inmediato resurgimiento de España.

Toda la juventud española que haya logrado evadirse del señoritismo demodoral, con sus pequeños permisos y salidas al putrefacto jardín marxista, y sienta vibrar con pasión la necesidad de reintegrarse al culto de la patria.

Todos los que comprendan la urgencia de encararse con la pavorosa tristeza del pesimismo español, señalando metas de gloria al descanso secular de nuestra raza.

Todos los que adviertan el crujir de las estructuras sociales hoy vigentes y deseen colaborar a un régimen económico antibuliberal, sindicalista o corporativo, en que la producción y en general la regulación toda de la riqueza, emprenda las rutas de eficacia nacional que el Estado, y sólo él, indique como favorables a los intereses del pueblo.

Todos los que posean sensibilidad histórica suficiente para percibir la continuidad sagrada de los grandiosos valores hispánicos y se apresten a defender su vigencia hasta la muerte.

Todos los que sufran el asco y la repugnancia de ver cerca de sí la ola triunfal del marxismo, inundando groseramente los recintos de nuestra cultura.

Todos los que logren situarse en nuestro siglo, liberados del liberalismo fracasado de nuestros abuelos.

Todos los que sientan en sus venas sangre insurreccional, rebelde contra los traidores, generosa para una acción decisiva contra los que obstaculicen nuestra marcha.

¡Todos, en fin, los que amen el vigor, la fuerza y la felicidad del pueblo!

¿Qué pretende el nacional-sindicalismo?

El nombre de «Juntas» que damos a los organismos encargados de la acción de nuestro partido, alude tan sólo a la estructura de éste. La palabra «Ofensiva» indica, como hemos advertido ya antes, el carácter de iniciativa revolucionaria que ha de predominar en su actuación.

Ahora bien. ¿Y el nacional-sindicalismo? El carácter hispano, nacionalista si se quiere, de nuestro partido, es algo que advierte el más obtuso en cualquier párrafo de nuestras campañas. El motor primero de nuestro batallar político es, efectivamente, un ansia sobrehumana de revalorizar e hispanizar hasta el rincón más oculto de la patria.

Asistimos hoy a la ruina demodoral, al fracaso de las instituciones parlamentarias, a la castástrofe de un sistema económico que tiene sus raíces en el liberalismo político. Estas verdades notorias, que sólo un cerebro imbécil no percibe, influyen naturalmente en la concepción política y económica que nos ha servido para edificar el programa de nuestro nacional-sindicalismo. Es de una ingenuidad seráfica estimar que el uso del vocablo sindicalismo nos une a organizaciones proletarias que con ese mismo nombre se conocen en nuestro país y que son lo más opuestas posibles a nosotros.

El Estado nacional-sindicalista se propone resolver el problema social a base de intervenciones reguladoras, de Estado, en las economías privadas. Su radicalismo en este aspecto depende de la meta que señalen la eficacia económica y las necesidades del pueblo. Por tanto, sin entregar a la barbarie de una negación mostranca los valores patrióticos, culturales y religiosos, que es lo que pretenden el socialismo, el comunismo y el anarquismo, conseguirá mejor que ellos la eficacia social que todos persiguen.

Es más, esa influencia estatal en la sistematización o planificación económica, sólo se logra en un estado de hondísimas raigambres nacionales, y donde no las posee, como acontece en Rusia, se ven obligados a forjarse e improvisarse una idea nacional a toda marcha. (Consideren esto y aprendan los marxistas de todo el mundo.)

¡VIVAN LAS JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL-SINDICALISTA!

R. L. R.

Generaciones y semblanzas

Los que tenían 30 años

UN GENERAL Y UN CORONEL

Sabemos que después del Directorio tiranizó Napoleón, y su imperio fué para honor de Francia. "Et pour la rendre illustre, il la fallait asservir". La libertad mentada y simple del señor ciudadano no era nada ante el encadenamiento de la guerra. Las campañas napoleónicas, como una ajorca de triunfo, relumbraban al cosmos y oprimitaban a la Nación. Francia, coherente, sierva e injusta—es decir, esclavizada la medrosidad de los primeros burgueses—era más libérrima y soberana que nunca. Así se ha ido sedimentando su unidad, cual su clasicismo y su razón, ya para siempre inmortal. ¿Por que nuestra España es cada vez más pasional—pero su pasión no es gana, sino abulia, afán de no hacer, pasión pasiva, muerte—, más anárquica, cada día más despedazada? Horacio cantó la "fiera Numancia", la bella Numancia, cuando lo ibérico daba multiforme a Roma gloria y combate. La Iberia de ahora, erudición antipolítica y antipolítica del último siglo, principia a conseguirse por la promesa pacifista del coronel Maciá: "Ningún catalán libre empujará las armas." Comienza la Iberia de los cobardes liberais.

¿QUE ES LO O LA INTERNACIONAL?

Acaso una categoría mental, acaso un himno para la memoria, acaso una lección de escuela. El Sindicato de maestros franceses, reunido en Chambery—1912—, acordó oponerse al militarismo, a la guerra. Un estímulo de fraternidad universal se levantaba dialécticamente contra los propósitos marciales del Estado. Precepto de la lógica, fué pronto aprendido allí; ¿qué pedagogo no tiene sus discípulos?

En mayo de 1913 se insubordinaron las guarniciones de Toul, Belfort, Rodez. ¡Ah! Pero en 1914 tronaban los obuses de la patria gala, de la rabia gala; en fin, de la victoria gala. Los maestros franceses fueron al Marne y a Verdun.

El sindicalismo revolucionario internacionalista, contramilitar, camarada del mundo, desfiló junto a la tumba del soldado desconocido; desconocido de puro íntimo, familiar, con la sangre total de nuestro país común. Luego, lo internacional han sido las novelas de la guerra. Donde se recobran la lógica, la dialéctica o la pedagogía. Y también el negocio. Ya calculamos cuánto vale la Internacional: cinco, seis o siete pesetas. El precio de una mediana traducción de CENIT.

SOLA IGIENE DEL MUNDO

Italia era un Museo. Cualquier inglesa tonta podía desmayarse con Ruskin en la mano, en Florencia o en Nápoles. El futurismo tuvo la osadía de llamar tontas a las inglesas y de enardecer cien grados la atmósfera de su país. Al rojo candente vino la guerra y detrás la propaganda de Marinetti y sus amigos en favor de la intervención italiana.

Los jóvenes adivinaron la necesidad de verter su entusiasmo y sus vidas sobre el umbral del Reino. Una faena colectiva y creadora se imponía a la juventud. Intervenir, luchar, vencer. Los pueblos poetas contra sus críticos pedantes. Leemos en una proclama de la época: "La guerra actual es el más bello poema futurista aparecido hasta hoy." Sentían el piafar de sus venas como heraldos de un porvenir heroico, y, por lo mismo, la mocedad italiana se arremolinaba frente a los neutrales, los pacifistas y los eunucos. "Futurismo contra Passatismo." Italia rompió la Tríplíce, su mañana imperial, y cesáreo iba con un "bersagliere" a las trincheras.

La única higiene de los jóvenes—una higiene más exigente que la sexual—fué la guerra. Allí, en el frente, las diosas llamaron consigo a los muy dilectos. Cuando la paz trajo el éxito y el socialismo, y la peste internacional ondeaba en algunas banderas, los mozos supervivientes de las batallas, futuristas, arditos, "bersagliere", inflamaron a Italia de su ardor combativo.

Los últimos disparos fueron al corazón de la muchedumbre roja. El país se volvía apretado y erecto, como una bayoneta. Una generación interventora, fuerte—la "giovi-

nezza"—sublimaba y salvaba a su patria fascista.

CUARTEL Y RANCHO

Si Italia era un Museo, nuestra España era un Panteón. Un Panteón sin Dios, con muchos diosillos menores y domésticos, "frailuchos y beatas. Mientras se peleó por la tradición y la cultura campesina, todavía la raza produjo caudillos y milicias de medula noble y enérgica, ejemplos de la primera guerra carlista, facinerosos y aventureros; después se evapora el hábito montañés y castrense; son los años de los abogados, de los oradores, de la mísera existencia cuartelaria. Baroja está a punto de escaparse al extranjero, antes de caer en esa madriguera. "Yo estaba dispuesto a todo, menos a ser soldado de cuartel, de rancho y de procesiones." El 98 era furiosamente antimilitarista, tal vez por desdén a lo demasiado tímido y grotesco del panorama militar de España. Como no le dejaron desplegarse en guerrilla sobre la península, Valle Inclán marchó a Méjico, hacia el resol de los conquistadores del siglo XVI, y a su vuelta era nada menos que Coronel General de los ejércitos de Tierra Caliente. Su imaginación lindaba con su sed de gestas. Imaginoso, y aquí, infelices e imposibles. Hay que llegar a 1909, pues en esa fecha Eugenio Noel es soldado voluntario y rebelde en Marruecos. Comprendió su deber de sufrir y actualizar el antiquísimo alarido de sus gentes. "¡Guerra, guerra al infiel marroquí!" Grito católico y bárbaro, de espuela y desierto.

1915.—TRAICION.

Alrededor de 1915 la juventud se ausenta. Todas las traiciones contemporáneas han de referirse a cuanto faltó durante aquel período. Nosotros jamás olvidaremos la ocasión perdida, la coyuntura abandonada.

Nuestro rencor será implacable. Los que tenían treinta años, edad robusta y plena, callaron. Aunque debían la ciencia a Europa, y, además, la urbanidad y la compostura, callaron.

Quedó hacedera una cruzada de incitantes, voces y gestos. De proselitismo y cauteles, de henchir los brazos y el espíritu de la multitud. Fueron mancos para estrechar y mudos, y sordos e insensibles. "Cuando la Humanidad civil se duele en la conciencia de la justicia herida, este dolor no puede ser ajeno a ningún pueblo." Unamuno era el único—suyas son las palabras anteriores—que vociferaba en la Nación la obligación interventora. Unamuno, el único, porque sus lamentos eran mandatos y profecías. "Cataluña, no. El resto de España, España, es la separatista, que se separa de la Humanidad civilizada." Cataluña quiso alistarse con los aliados por motivos minúsculos y magníficos; por ser la cuna, Francia, de "La Marsellesa"; por ser la madre de Víctor Hugo... Cataluña tiraba del cuerpo de España hacia el foso y la empalizada, donde la comunión es viva y el contacto eviterno. "Debemos incorporarnos a los aliados para evitar una guerra de secesión futura." Los que tenían treinta años en 1915, enmudecieron. Perdidos la guerra sin haberla siquiera arriesgado.

1931.—TRAICION Y VENGANZA

Contrasta el silencio de ayer con la algazara del momento. Los diputados charlan y charlan. Son las mismas personas del 1915 alado. También el fantasma internacional ronda nuestro sepulcro, nuestra aurora. Se renuncia solemnemente a la guerra. Somos pacifistas, cosmopolitas, generosos, humanitarios. Se desmembra la soberanía y surgen los Estatutos. Los diputados charlan y charlan. Nadie será capaz—piensan—de batirme la tragedia y el sacrificio. No nos batimos en Europa, fenecieron sin uso ni empleo el ademán trágico y la fe de la víctima. Excesiva credulidad; seremos vengativos y crueles, sí, embaucados de 1915; temisteis a la guerra fuera de las fronteras, y la tendremos dentro. Levaremos la lucha al Norte, al Sur, al Poniente y al Este. Para apoderarnos del Capitolio—la fórmula es de Heine—retorceremos antes el pescuezo a todos los gansos.

Juan APARICIO

El fracaso del liberalismo

II

La juventud no podía tomar parte en la pugna vetusta de los antiguos partidos. Se lo prohibía, primero, su sensibilidad, luego, su razón. Los viejos republicanos lanzaron a la calle las lacras de la monarquía, y fueron antimonárquicos; pero unos meses han bastado para que se extinga el entusiasmo desbordante que instauró la República.

Nuestra generación no puede situarse en un medio hostil más que haciéndose traición a sí misma. No; son ya muchas las traiciones que manchan la historia de estos últimos años; la juventud no quiere hacer traición a sí misma, porque lleva clavada en su alma la convicción de que su espíritu es la única reserva que le queda a España para redimirse.

¿Liberalismo? ¿Libertad? ¿Democracia? ¿Demofilia? ¿Separatismo? ¿España!

Liberalismo y ciudadanía

Muchos de nuestros liberales creen en el liberalismo como nuestros cavernícolas creen en la Virgen del Pilar. Estos son liberales que piensan; pero la mayor parte son liberales por inercia.

Son harto exiguas las dimensiones del pensamiento liberal. Lo afirmo con la seguridad que me inspiran los hechos. Si ante un sujeto se coloca un elefante a la distancia de un metro y a las doce del día, y el hombre no contesta "no lo veo", nuestra conclusión brota inflexible: "Ese hombre es ciego".

Si hacemos desfilar ante un espectador los hechos que llenan nuestra época, y su espíritu no capta las direcciones—más destacadas que elefantes—que sigue nuestra sensibilidad, lanzaremos esta exclamación indignada, y al par, compasiva: "¡Hombre, si es un liberal!" Aunque el liberalismo puede ser vulnerable por todos sus flancos, vamos a comenzar su ataque por la parte que hasta aquí se reputó invulnerable. El liberalismo es el régimen que hace posible la libertad de todos los individuos; pero esto sería utópico sin el respeto a la ley escrita.

¿Quién forja y sanciona esa ley? Si la dicta un hombre o una clase, desaparece "ipso facto" el régimen liberal, porque la libertad de todos no está garantizada. Ese hombre feliz o clase afortunada puede promulgar una ley que diga: "Todo hombre tiene el deber de servir a los de mi clase". Aquí se da la ley, pero, aunque todos se decidían a acatarla, no hay régimen liberal; falta la libertad.

De suerte que el único legislador irrecusable es el pueblo, entendiéndose por pueblo la totalidad de los hombres de un Estado. El liberalismo ha de ser democrático; la democracia tiene que ser liberal. En rigor, no hay más que un sistema jurídico, aunque contemplado desde disposiciones más próximas entre sí de lo que pudiera creerse.

El liberalismo se preocupa de la libertad de todos. La democracia hace posible la separación de la Iglesia y el Estado; los creyentes sufragarán los gastos del culto, y los creyentes pobres? Esto no interesa al burgués. Si hay hombres que no pueden ir a misa porque carezcan de medios económicos, no importa; también hay trabajadores que no comen por carecer de trabajo. El burgués ateo tiene derecho a todo esto, ¿pues no es liberal? ¿No defiende los derechos imprescriptibles e inalienables del hombre?

El social-parlamentario también es ateo. Separar la Iglesia del Estado es uno de los postulados más fundamentales de su programa. Este y el postulado de la escuela única son tentáculos que el socialismo liberal lanza al mundo del espíritu. La eficacia de la escuela única quedó harto menguada en un ámbito de libertades disolventes, y me temo que acontezca algo análogo con la religión.

No se piense en el sistema proporcional como panacea; más adelante veremos la razón de esto. Si el factor económico posibilita el fracaso del liberalismo, es ineludible la consumación de un sacrificio; o se renuncia al capitalismo en aras del régimen liberal, o se renuncia al régimen liberal en holocausto del capitalismo. El dilema es incontrovertible, y la opción urge. Aquí radica la hipocresía del régimen parlamentario. En esto estriba la gallarda sinceridad de nuestra generación.

El socialismo liberal

Las objeciones que los liberales formulan a su propia doctrina parecen extinguidas con los postulados que esgrimen los partidos socialburgueses. Si lo económico no permite la plena expresión de la voluntad nacional, urge la creación de un poder que mitigue la absorción de lo económico y se erija frente al capitalismo.

La clase obrera se organizará e impondrá lenta, pero incesantemente, la voluntad de la masa. Todas las conquistas sociales se producirán por la vía limpia e incomprendible de la evolución. La violencia y la dictadura se reputan nocivas y pecaminosas.

Claro que en los partidos socialistas de alma liberal que actúan en un ámbito burgués, no nos interesa tanto su doctrina como su reacción ante los hechos circundantes. Lo primero que observo en la actuación de éstos es una radical oposición a las doctrinas de Marx.

Es posible que, teóricamente, sean marxistas la mayor parte de los afiliados a estos partidos; pero si escalan el poder los socialistas, será inexorablemente vulnerada la ley que impone al capital una progresiva concentración.

Marx habló de una concentración del capital, que haría posible la derrota de los

pocos capitalistas por los muchos desheredados. Pero si logran los socialistas llegar a las fuentes del tesoro nacional, comenzará otra vez la dispersión del capital.

Cada prohombre acumulará sobre sí cargas que se retribuirán espléndidamente, aunque fueran creados por una monarquía decrepita e inmoral, aunque los socialistas predicaran la austeridad desde la oposición, y, en suma, aunque su patria se retuerza de dolor en las últimas convulsiones de su agonía. Esas conquistas socialistas se tornan vida que se inyecta a la vetusta burguesía.

Pero, ¿qué valores aportan los partidos social-liberales frente a los valores que erigió la burguesía? Este es un problema que no puedo atacar aquí, porque su solución me arrastraría muy lejos de la ruta de este artículo.

Sin embargo, encierra esa pregunta una incógnita tan sugestiva e importante, que es preciso acometerlo cuanto antes. Pero sigámonos ahora nuestra ruta. Los partidos social-liberales propugnan la desaparición de los privilegios seculares que disfrutaron unas clases en detrimento de las otras.

Destaquemos uno de estos privilegios. Secularmente fué la instrucción uno de los más caros bienes de las clases superiores; su esfera fué vasta en unos pueblos, más restringida en otros. Los social-liberales son en la escuela el corazón del pueblo, y, por tanto, aspiran a la escuela única. De esta suerte quedarán soslayadas muchas asperezas, que hacían imposible la fraternidad entre los individuos de distinta clase. Pero si los socialistas son liberales, ¿con qué derecho implantar la escuela única? ¿Se quiere arrebatar a los padres el derecho de educar a sus hijos como lo crean conveniente? ¿No tiene el individuo derechos anteriores y superiores al Estado? ¿Para qué sirve el Estado, si no protege y garantiza esos derechos? ¿No hemos convenido que el individuo lo es todo y el Estado no es nada? ¿Cómo se concibe la escuela única en un régimen liberal?

Vuelve a plantearse el dilema que se presentó al régimen parlamentario; la opción urge; es preciso sacrificar el régimen capitalista en aras del liberalismo, o el régimen liberal en holocausto del capitalismo.

El régimen social-parlamentario no difiere del régimen burgués más que en el nombre de sus partidarios.

Pero sí, hay una diferencia: a la burguesía no le interesa que la cultura descienda a los estratos más bajos de la masa. Acontece lo mismo con el Arte, etc., etc. Los partidos social-parlamentarios postulan la educación cultural y estética de todos. El sentimiento religioso, como el moral y estético, se impone como necesidad que exige satisfacción. Los burgueses ateos quieren forjar un Estado aconfesional. No son capaces de guardar en el arca de su alma el tesoro de la religiosidad; tampoco los patos necesitan poesía.

Los partidos burgueses ateos propugnan la separación de la Iglesia y el Estado; los creyentes sufragarán los gastos del culto, y los creyentes pobres? Esto no interesa al burgués. Si hay hombres que no pueden ir a misa porque carezcan de medios económicos, no importa; también hay trabajadores que no comen por carecer de trabajo. El burgués ateo tiene derecho a todo esto, ¿pues no es liberal? ¿No defiende los derechos imprescriptibles e inalienables del hombre?

El social-parlamentario también es ateo. Separar la Iglesia del Estado es uno de los postulados más fundamentales de su programa. Este y el postulado de la escuela única son tentáculos que el socialismo liberal lanza al mundo del espíritu. La eficacia de la escuela única quedó harto menguada en un ámbito de libertades disolventes, y me temo que acontezca algo análogo con la religión.

El separatismo de Cataluña

Nuestra oposición radical a los intentos desmembradores es bien conocido. Estimamos que sólo en Cataluña reside un germen gravísimo contra la integridad de España. Han sucedido ya en Cataluña suficientes cosas para que deba entregarse el pleito a la solución violenta del pueblo en armas. En vez de eso, prefieren algunos la vergüenza de las concesiones, de los regates y de los pactos.

Al triunfo de este criterio derrotista contribuye decisivamente la inercia de un Gobierno despojado de autoridad nacional, bloqueado por compromisos in tolerables que atentan a la soberanía de la Patria.

Cuando se aprobó en las Cortes la enmienda que impuso el señor Alcalá Zamora—el máximo responsable del despojo catalán, y este hecho no puede ser olvidado porque muy en breve alzaremos bandera de responsabilidades para los delitos contra la unidad nacional, que hoy se perpetrán—los partidarios de Maciá no ocultaron su gran alegría. Los cándidos diputados que creían haber hecho aquí una saludable paja en las pretensiones catalanas debieron quedarse de una pieza al contemplar la felicidad de los traidores de Cataluña.

Y es que el solo hecho de que figuren en la Constitución unos artículos que hablan de Estatutos y de tales y tales concesiones, bastará mañana para que nadie pueda impedir la aprobación del Estatuto catalán. Que es, no hay que ignorarlo, separatista, hipócrita y antinacional.

Hace ya más de treinta años que el problema catalán es una continua perturbación para la política española. Pero hoy agudécse que una de las razones más esgrimidas contra la unión, contra la unificación, es ahora en todo el mundo rechazada. Aludimos a las famosas descentralizaciones económicas. La eficacia de una economía nacional se consigue tan solo tendiendo a un control, a una sistemática o regulación severísima de toda la producción nacional. Es lo que comienza a llamarse la economía planificada.

Precisamente la Rusia soviética, que en teoría es un conjunto de Repúblicas federadas, en la práctica, para conseguir la realización del Plan quinquenal de reconstrucción así como la eficacia política del mando único, concentra cada día más sus poderes.

Aquí en España la lluvia de estatutitos iba a anclar nuestro régimen económico a las más viejas estructuras. Estas razones, que ya expone Bermúdez Canele en sus últimos artículos, se acumulan a las otras grandes razones de que España es una y son intolerables los gérmenes de disolución. ¡Nada de pacto con los traidores!

Si los liberal-socialistas postulan la creación de escuelas para que todos aprendan, si fomentan bibliotecas para que todos se instruyan, si crean matriculas gratuitas para que las más altas esferas de la cultura sean accesibles a todos, y, en suma, si aparece en el espíritu del pueblo un sentimiento como el ético, como el estético... ¿con qué derecho van los social-liberales a dejarlo insatisfecho?

Si ese sentimiento es el religioso, ¿por qué no procurar su satisfacción? ¿Y si la mayoría es católica? ¿No se impondrá su decisión?

Porque en un régimen democrático—aparte las definiciones doctrinales—, ¿qué es el Estado, sino esa mayoría? El burgués tiene derecho a separar la Iglesia del Estado; el que carezca de medios, que se quede sin ir a misa, como se queda muchos días sin comer.

Pero el socialista no puede aceptar esta injerencia, porque con ello acentuaría más las diferencias de clase. Habría hombres que creerían sin poder ir a misa, y hombres que, creyendo, podrían permitirse el lujo de rendir a Dios el culto debido. Esta es la única diferencia que separa al partido liberal-socialista del partido liberal-burgués.

Liberalismo y libertad

Nuestra generación no siente el liberalismo; más se siente antiliberal. El liberalismo hace posible un régimen de libertad que no nos interesa, que nos parece repulsivo. No quiero decir que no sintamos la libertad; lo que quiero hacer constar es que la libertad puede conseguirse en un régimen no liberal. El ansia de libertad es tan viva en nuestra generación como en las anteriores. ¿Conocéis a algún hombre que erija la esclavitud en aspiración máxima de su vida? Lo que se ha trocado es el contenido de esa libertad, "su sentido". El liberal aspira a ser liberal frente al Estado; el moderno es libre en el Estado.

Para el liberal, el Estado, es un poder extraño y despotico contra el que hay que defenderse. El hombre moderno siente el Estado como algo íntimo. Su libertad es la que el Estado señala, no como poder externo, sino como parte de su alma. Trocando el sentido de la frase histórica, podría decir todo hombre auténticamente moderno. "El Estado soy yo." ¿Concebís mayor libertad?

Si admitís que el liberalismo hace posible la libertad dando de lado las objeciones formuladas por los liberales, a pesar de esto, digo, esa libertad no nos interesa. El hombre es libre en este régimen, no porque esa libertad armónica las exigencias del Estado con las del ciudadano; el liberal no ve en el Estado más que un poder que ha de extinguirse progresivamente. La consecuencia del liberalismo—consecuencia próxima—es el nacionalismo comercial.

La región debe ser libre, como el ciudadano. La consecuencia remota del liberalismo es el anarquismo. En este ambiente de dispersión suicida se ha forjado el espíritu de la nueva generación; lo hemos comprendido pronto, y ese régimen nos ha inspirado la más incontentable repugnancia. La reflexión corroboró después nuestra actitud. Sólo en ese ambiente gris hubiera podido juzgarse esa generación, que, no obstante ser española, quisiera borrar del diccionario la palabra dulce y evocadora de "patria". Espíritu mediocre, hombres que no sienten su patria: liberalismo. Almas grises, hinchadas de frivolidad, cerebros groseros de café y taberna: liberalismo. Hombres ineptos para sentir la sagrada unidad de España, espíritus de plaza de toros y cabaret: liberalismo.

Ambiente gris, indiferencia, almas mediocres, toros, café, España lacerada, religión imposible: liberalismo.

Emiliano AGUADO

El federalismo y la Hacienda nacional

La realidad nos dice que la Hacienda de un país es, en el sentido estrictamente económico, una carga, un ente pasivo. La hacienda de los Estados modernos, excepción hecha de los de contextura anglosajona, no obtiene ingresos de su inmediata producción. En España el Estado apenas si posee otra fuente productiva de riqueza que las minas de Almadén y la sal de Torreveja.

Por esto ha de admitirse que el Estado no nutre sus cajas fiscales sino tomando una parte de la riqueza producida por los individuos. En una concepción puramente teórica puede, pues, afirmarse que los gastos fiscales han de computarse como gastos generales de la economía nacional. Por tanto, el interés máximo de ésta estribará en reducir lo más posible los gastos del Estado, no en términos absolutos, sino relativos, es decir, logrando que con el mismo aparato burocrático se consiga doble actividad en las funciones típicas del Estado moderno, cuales son las de defensa de la propiedad, tutela de la misma, servicios generales, de comunicación, etc.

El hecho de que existan, en virtud de circunstancias históricas, dos y aun tres organizaciones estatales o de derecho público con sus respectivas haciendas, ha de constituir una carga pesada e inútil para el único elemento productor, que es la economía. Si el Estado soberano o central, para realizar sus funciones necesita de la Hacienda y de atender a sus ingresos por la recaudación de los mismos a través de una organización adecuada, es obvio que todo lo que sea añadir a esa organización otra para que recaude tributos con destino a las haciendas regionales ha de constituir absurda e insostenible carga.

Racionalizar es un ideal, no sólo, en lo económico privado y en lo económico nacional, sino también en lo que se relaciona éste con la hacienda del Gobierno. Siendo esto así, los Estados en los que por haber carecido de una ideología imperial, como el español, han llegado a la Edad Moderna con una estructura federal, tienen planteado el problema de racionalizar esas tradiciones. esa tara hereditaria por así decirlo, con el fin de conseguir que la hacienda del Estado sea única y realice sus actividades, evitando duplicidad con otros centros participantes de la soberanía que no son necesarios.

Observando la evolución de los Estados, aparece claramente la tendencia a la concentración. En algunos de esos Estados con sentido nacional temprano, como ocurrió en España, ya existía la unidad en el Renacimiento. Entonces el Estado único, con fines únicos que realizar, tenía también sólo una fuente y una administración para sus recursos. En los Estados de estructura federal la evolución, por causas históricas que no son del caso, viene siendo más o menos lenta, pero absolutamente en todos ellos se realiza en el mismo sentido.

Dentro de estos Estados federales se pueden distinguir dos tipos: el primero es el que llamaremos de separación, según la terminología alemana.

En ese caso, la hacienda nacional y la hacienda de los Estados viven separadamente, gravitando sobre los mismos objetos financieros, que son los elementos productores del país. La separación es no sólo en cuanto a la ordenación de los tributos, sino en cuanto a la administración recaudatoria. La hacienda central y la hacienda del Estado federal, cada una marcha por caminos paralelos que concurren en la fábrica o en el campo del productor. De este modo, aparte de la doble explotación de éste, los choques o dificultades suelen ser frecuentes. Por eso el sistema no ha podido mantenerse sino en países muy ricos, como en Norteamérica, donde por su reciente formación histórica y carencia de una política de expansión hasta nuestros mismos días no existen cargas de deudas considerables.

Por otra parte, al actuar esta doble tributación, como los principios que la inspiran no son nunca idénticos, suele ocurrir que, en contra de lo que dispone la ciencia fiscal moderna, los individuos sean tratados desigualmente, tributando unos en mayor proporción que otros. Y así, a la pesadez de carga fiscal, se ha de unir el disgusto que produce la injusticia de su actuación. Finalmente, como los Estados regionales suelen tener los mismos fines, y, por consiguiente, gastos, mientras que la riqueza de los países federales, acaece fatalmente que los más pobres sienten gravitar sobre ellos una carga proporcionalmente mayor, lo que imposibilita su desarrollo y hace cada vez más atrasada y precaria su situación respecto a los Estados más ricos de la nación.

Tales realidades han venido, sobre todo en los últimos tiempos, actuando intensa y rápidamente para ir suprimiendo la absurda estructura federal. Alemania, hasta la guerra europea, había ido evolucionando lentamente desde el sistema de separación al de la cooperación. Estallado el conflicto europeo, la necesidad suprema de defenderse y vivir la obligó a buscar un sistema más lógico y menos costoso, que no sacrificara en aras de una perniciosa tradición las necesidades vitales de la economía. Y así la Constitución de Weimar establece una orientación clara hacia el estado unitario, con sus haciendas de tipo unitario también. El artículo 88 de dicha ley afirma que serán traspasados al Estado nacional los derechos de soberanía financiera de los federales. Esa tendencia de la Constitución se realiza y acentúa cada vez más en la legislación posterior. Surgen entonces la cuestión que se viene llamando de la coordinación financiera (el Finanzgesetz). Designase por ella el complejo de problemas a resolver para lograr que en el Estado alemán sólo haya en

definitiva una hacienda central, una recaudación de gastos y una soberanía fundamental en la dirección y ejercicio de las actividades estatales.

La ley de 31 de marzo de 1920 es básica y marca un avance considerable hacia aquel ideal. La de 10 de agosto de 1925 da un paso más en el mismo sentido. La administración recaudatoria se organiza en esas leyes sobre idénticos principios para todos los territorios nacionales. Los impuestos cardinales se destinan a cubrir las necesidades del Estado central, el cual adjudica una parte de los ingresos tributarios principales entre los federales, dejando para éstos y para los municipios fuentes de tributación de menor importancia.

Tales son los impuestos que gravan al suelo y el de "plus valía". Al municipio sólo se le conceden ingresos de carácter análogo a tasas sanitarias, como los tributos indirectos, las bebidas, los espectáculos, los perros, etc.

En cambio el impuesto sobre la renta, los impuestos sobre la cifra de negocios, el de las sociedades, las sucesiones y los indirectos restantes, pasan al Estado nacional. Este deja el 75 del 100 del impuesto sobre renta y un 30 por 100 de lo que recauda al de la cifra de negocios a los Gobiernos federales.

En Austria el sistema es muy parecido al de Alemania, aunque como obra exclusiva de la postguerra más teórica y más

centralizadora. En Suiza, por la riqueza del país y por la gran diversidad de los territorios, no puede considerarse como una nación de coordinación fiscal, avanza despacio. La tendencia, sin embargo, solitamente la misma.

No sólo se ha logrado ya que más del 30 por 100 de los ingresos fiscales correspondan a la Hacienda nacional, sino que se dibuja un gran movimiento de opinión por la unificación de las haciendas cantonales.

En este cuadro tan claro e innegable de evolución histórica, España, país relativamente pobre, que, además, atraviesa, no ya la crisis general cíclica que domina en el mundo, sino una crisis estructural propia, representa la única excepción.

Y esto no puede ser. Por poco patriotismo y poco sentido común que haya en nuestra patria, no se podrá tolerar que propósitos de unos horteras históricos y poetas de relumbón se impongan. Los grandes intereses nacionales, que son la herencia de nuestra historia y el dictado para nuestra marcha en el porvenir. Si no por patriotismo, por razones de conveniencia. Si no por razones económicas por motivos fiscales, es imposible que volvamos hacia atrás en nuestra historia, concediendo a una autonomía que arruinará las fuerzas vitales de todos los españoles.

Antonio Bermúdez CANETE

13 angulas 13

La Dictadura tuvo a Nini Castellanos. La República también tiene a la suya. Que es don Niceto Alcalá Zamora. —Ni vencedores ni vencidos—; es decir, la segunda señorita Nini.

Cuando los socialistas quieren expulsar violentamente a los Ordenes religiosos como a una solitaria, se les oprime un solitario: Unamuno. Y Unamuno recuerda la frase de Cromwell—al arrojar del Parlamento a los diputados: In the name of God... go! (¡En el nombre de Dios... largo!)

El presidente de la Cámara—sentimental y supersticioso—ya tiene entre los diputados constituyentes una Margarita que deshoja en los entreactos... Sí... No... Sí... No...

Nos aseguran que su primera pregunta a los pétalos será sobre el color apropiado para las combinaciones de las diputadas.

Cual la tiple vejistoria que se ve sin protección, CRISOL presume de historia, de amor y colaboración... No te sirve ese camelio, «Crisol», tú serás «Crisuelo».

Los anarquistas han llevado, desde Torrejón a las escalinatas del Congreso, la cruz dedicada a la muerte de Morral. Hay quien supone que detrás de la cruz estará el diablo. Ustedes se equivocan. Detrás de la cruz está el sacerdote que vota con los Ugetés.

Ramón Franco ha vuelto a fracturarse la pierna. Esto se llama empeñarse en tener mala pata.

Alcalá Zamora se revuelve airadísimo contra quien pretende que haya un convivir con el presidente de la Comisión constitucional, señor Jiménez Asúa. En esos días nosotros no nos metemos.

¿Al servicio de la República, o al vicio de la Viceversa? Don José Julmina olímpicamente: «Aunque hemos volado en contra, esto no quiere decir que estemos disconformes.»

La cuestión es cobrar las mil pesetas mensuales. Comienza la conversión del señor Cordero. Dentro de poco ingresará en la Cartuja de Miraflores. Por lo pronto ha aceptado la presidencia de la Comisión de Responsabilidades. Una tarea franciscana: Dirigir la palabra a los acusados. —Hermano perro... —Hermano lobbo... Hermano chacal...

Se habla de fundar un nuevo partido político entre Prieto y Sánchez Román, o entre Sánchez Román y Maura. El socialdemócrata. No se sabe cuál de cada uno pone lo social y cuál pone lo demócrata. Seguramente que quien lo pondrá todo será el elector y el presupuesto.

Clasificaciones absurdas que proponemos: Diputados con muleta, diputados con muletilla, diputados con chalina, diputados que se acuestan a las ocho, diputados que no se levantan nunca.

Romanos muere, pero no se rinde. Es uno de la antigua guardia. Con una consecuencia mucho más imperterrita que la de los jovencitos alfonsoinos. El todavía no es un viejo V. E. R. D. E.

Un episodio revolucionario

Hace pocos días, examinando algunos textos de la Historia de Francia, leí una de las grandes convulsiones del populacho parisiense. El historiador parece haber reunido en un sólo clamor las voces confusas, sordas y estridentes que se exhalan de una muchedumbre como el choque de las olas, cada una de las cuales tiene su mugido al romperse sobre las peñas de la costa, formando entre todas un solo bramido. Este trozo es la música terrible de un motín, anotada en giricos feroces por un historiador.

Tiene su teatro en la segunda jornada de junio de 1848. Un puñado de anarquistas, ebrios de tinta por la mañana en algunas hojas incendiarias y por la noche con el humo de los clubs comunistas de los arrabales, habían construido barricadas y sitiaban a París, sorprendido durante su sueño. Mil quinientos fusiles parricidas hacían fuego desde los tejados de las casas, y detrás de la barricadas sobre sus concudados, y una gran masa fluctuaba, contemplaba atónita, lloraba o se estremecía, como si fuese agua que vagara indecisa entre dos corrientes.

Regresaba L... (1) del ataque de las grandes barricadas en el arrabal del Temple, tomadas al finalizar la tarde por la guardia móvil. Le acompañaban el bravo Duclerc, ministro de Hacienda, no menos

(1) Las notas por mí consultadas no mencionan su nombre, designándole como aquí se reproduce.

Impetuoso en el combate que prudente en los negocios (estamos esperando que en esto se asemeje también la Historia) un joven guardia nacional de Caballería, llamado Lachaud, y Pedro Bonaparte, hijo de Luciano.

Inquieto L... del resultado del día y la noche que debía seguirle—porque no ve sobre el terreno las tropas, que estaban cerca de París desde dos meses antes, para el momento en que estallase aquella pedrición, prevista de antemano—, quiso, sin cuidarse del riesgo, reconocer el campo, el número y las disposiciones del innumerable pueblo de artesanos y obreros que recorrían los bulevares desde la boca del arrabal del Temple hasta cerca de la Bastilla. Atravesó por entre las hileras de tropas que contenían la multitud en aquella altura y se adelantó solo, con los tres hombres de corazón que le acompañaban hasta la mediación de la calzada; las masas del pueblo, replegadas sobre las dos aceras, se manifestaban admiradas de tanta audacia, y preguntaban qui era aquel personaje. Al saber su nombre, el pueblo se precipitó sobre él con los brazos levantados.

Formaban aquella muchedumbre, no esa clase de hombres vagos o desocupados, pollilla de las grandes ciudades, sino algunos ciudadanos domiciliados en aquel barrio, poseedores de comercios, honrados artesanos establecidos, medula de París, y una masa innumerable de hombres, de jóvenes. (Continúa en la página cuarta.)

La vida política

La habilidad intolerable de Lerroux

En pleno período constituyente, cuando tenían actualidad y realidad inexorable los tres o cuatro problemas fundamentales para la vida de España, el señor Lerroux ha permanecido en Ginebra todo el mes de septiembre. Insistimos en este hecho porque lo creemos sintomático de la sensibilidad política que dirige hoy los destinos de nuestro pueblo.

Con ese viaje, el señor Lerroux ha conseguido sencillamente «escurrir el bulón». Esto supone una inmoralidad política notoria y denuncia cómo el señor Lerroux no era digno de la expectación y el triunfo con que durante el primer mes de la República se pasó su nombre por España. Hoy es sencillamente, y sólo, el hombre que quiere gobernar a toda costa. Dispuesto a afirmar, negar o inhibirse de todo, según convenga a esa meta personalísima a que aludimos. Ello nos parece intolerable. Pues si realmente posee talla política, debe tener el valor de braccar con los hechos y las dificultades, sin eludirlas de un modo cuco.

Es el drama del nuevo régimen republicano. Sus hombres son los mismos hombres de siempre, adscritos a una técnica política que no cuenta para nada con la conveniencia nacional. Identifican sus fines particulares y egoístas con los fines del pueblo, con lo cual resultan siempre traicionadas las ilusiones de éste.

Ahí está Lerroux, reclamando el Go-

Los 29.000 votos de Primo de Rivera

El movimiento republicano se llevó a efecto con una pasmosa ausencia de estilo. Ni nobleza en la crítica del régimen ni idea clara alguna sobre lo que era urgentísimo hacer en nuestro país. Así no puede nadie sorprenderse de que hoy, a los cinco meses del triunfo, yacían en el descrédito las ortodoxias de la supuesta revolución.

No han surgido hombres. No se han descubierto ambiciones nacionales sobre las que lanzar el entusiasmo de los pri-

bierno, dirigiendo una minoría parlamentaria numerosa, con unos compromisos de partido y unas propagandas que en todas partes son un bagaje representativo de firmeza y de lealtad a la ruta elegida. Pues bien, sus amigos en la Cámara favorecieron todo cuanto le fué posible la enmienda separatista de Alcalá Zamora, y en su actuación han revelado tales incoherencias que hoy Lerroux y sus huéspedes carecen totalmente de norte seguro que ofrece a la República.

Ha sido, sin duda, muy cómodo para Lerroux permanecer en Ginebra, sin gastarse, al margen de la pelea constitucional, tratando de arreglar la cuestión china; pero todos los que actuamos en la política española fuera del orbe de influencia de las pandillas gubernamentales, cumplimos hoy el deber de denunciar ante el pueblo este afán de «adquirir perspectivas» que ha sentido el señor Lerroux.

Mientras Lerroux habla a España en Ginebra el gran servicio de arreglar el conflicto chino, las Cortes constituyentes, con el voto entusiasta de los diputados radicales—exceptuemos como se merece la actitud digna de Emiliano Iglesias—aprobaban aquí el hacer jirones la soberanía nacional, destruyendo—o tratando de destruir, porque aún no hemos sido vencidos los españoles en otro terreno que el parlamentario—la unidad indiscutible de España.

meros días. Todo es ahora gris, aventura pesimista, desilusión.

Las elecciones parciales celebradas en Madrid el último domingo, después de cinco meses dignos, prueban con elocuencia pitagórica esto que decimos. A la fuga de los electores gubernamentales correspondió una prieta y numerosa falange de oposición.

Es decir, que, el supuesto Gobierno revolucionario, en la etapa ejecutiva de la revolución, se encuentra desautoriza-

do por el pueblo. Eso indica hasta qué punto los ideales revolucionarios que se esgrimieron eran tan sólo marea resentida, sin fecundidad ni futuro posible.

La candidatura de Primo de Rivera, aun con la timidez de sus plañidos, obtuvo, pues, un gran triunfo que nosotros celebramos sinceramente. Porque fueron votos de tendencia nacional, aun con todas las máculas que corresponden al antiguo upeñismo, y frente a la traición y a las rutas antiespañolas que caracterizan al actual Gobierno, son de un valor más alto.

En modo alguno pueden entenderse esos 29.000 votos como una adhesión a un futuro régimen de dictadura paternal, liberal y de carambola, como el que impuso Primo de Rivera. Aquello se consumió en la llama más pálida, sin pena ni gloria. Sería un error que toda-

La degeneración pacifista

Por muy varios conceptos, la constitución que se aprueba y discute en las actuales Cortes va a merecer el calificativo de antiespañola. Unos señores, infectados de peste marxista, logran introducir en ella tales afirmaciones que en caso de regir convertiría a nuestro gran pueblo en una lucidísima vaca lechera, de esas que pastan y florecen en los contornos suizos.

Así el artículo vergonzoso de que España renuncia a la guerra. Sólo una generación de enanos, de gentes cobardes que desconocen la gran fecundidad de los recursos heroicos, puede comprometer el porvenir de la Patria con indicaciones de esa índole. ¿Qué otros procedimientos sino los guerreros se esgrimieron contra España para arrebatarse su poderío, sus colonias y su papel preminente en el mundo? Habría de darse el caso de que los demás pueblos, felices en su actual abundancia, hubieran expresado sinceramente esa renuncia, y todavía era explicable que España se reservase aceptar un compromiso así.

¿Cómo se atreve nadie a hipotecar futuro de la Patria, achicando sus ilu-

via hoy pensarán ciertos sectores en dictaduras así, fáciles y en bandeja, sin gorminación violenta en las calles contra enemigos auténticos de la verdad nacional.

A la conquista del poder por una minoría heroica, que se proponga imponer sin contemplaciones una solución en momentos gravísimos de crisis, es obligado que preceda un período de lucha y de captación popular, pues ante la disolución y el caos todos los pueblos ponen en frente de combate un gran número de reservas.

En España asoma ya una coyuntura histórica que reclama intervenciones de este tipo heroico a que aludimos. Hacerle frente con dictaduras paternaes y fojas es completamente inútil. Nosotros con nuestras Justas de Ofensiva Nacional-sindicalista (J. O. N. S.) no proponemos organizar esa política heroica y eficaz que reclama hoy de un modo imperioso la triste existencia de la patria amenazada.

Es lo único que tenemos que decir ante los 29.000 votos de Primo de Rivera.

siones y sus propósitos, impidiendo la fortaleza y la voluntad de dominio con educación planificada y cobarde?

Podría tolerarse que la opinión pacifista, dueña hoy de las reglas nacionales, ejecutase una política de previsión contra la guerra, procurando esquivarla en lo posible, pero de ahí a la renuncia solemne de acudir a la guerra, dista el mismo trecho que hay de un pueblo en pic, vigoroso y capaz, a un pueblo en ruinas, asustadizo y mediocre.

Precisamente ahora, cuando las dificultades mismas interiores, requieren la intervención de gentes decididas, dispuestas si es preciso a empuñar las armas para destruir los gérmenes de disolución, en este momento, repetimos, es cuando la ola pacifista y rampóna trata de envenenar y destruir el coraje del pueblo.

Sólo así, en pleno triunfo del achicamiento y del derrotismo, se pueden permitir unos señores el crimen histórico de provocar la desmembración de la Patria. En otro caso, el sólo intento hubiera provocado un inmediato y ejemplar castigo.

Bien saben los actuales dominadores que una vez impuesta la ruta boba pue-

den impunemente hacer con el cuerpo de España todas las maniobras que deseen. ¡Nadie se levantará! ¡Nadie pe-

dirá soluciones heroicas, de guerra! Sólo miradas pámpilas, incapaces, desoladas, contemplando el páramo.

La minoría vasco-navarra y su Estatuto

De continuo se hostiliza en las Cortes a ese par de docenas de diputados que forman la minoría vasco-navarra. Los representantes de Vizcaya tienen derecho al máximo respeto nacional, y sorprende que se les califique con adjetivos de índole regresiva, a ellos, elegidos por una de las regiones más cultas de España.

Nada nos importan los Estatutos si no es para poner de manifiesto su absoluta improcedencia. Pero ya que la Cámara constituyente es tan propicia a satisfacer los afanes desmembradores y a proclamar el famoso hecho diferencial de las comarcas, no comprendemos su gesto equivoco ante los diputados vasco-navarros.

Por muy pocas ideas que se tengan acerca de las características regionales de nuestro país, aparece de un modo diáfano que la unidad nacional peligra tan sólo en Cataluña, donde la opinión autonómica es un separatismo solapado que espera cobardemente su hora.

El pueblo vasco es de una nobleza y

de una lealtad tan notorias que convierne su pleito regional en una reclamación inofensiva e ingenua.

Es, por tanto, injusta e intolerable la actitud del Gobierno y de la Cámara con las pretensiones vasco-navarras. Somos partidarios de que se rechacen todos los Estatutos, absolutamente todos, pero ya que el Gobierno provisional se ha inhibido en Cataluña, haciendo dejación vergonzosa de su poder, y favoreciendo así el incremento de la furia separatista, dueña desde hace cinco meses de todos los mandos y resortes coactivos, sorprende que frente al clamor popular de Vasconia acuerde tan sólo el envío de agentes provocadores.

Es un síntoma más del carácter sectario y antinacional del Gobierno. La emoción religiosa del pueblo vasco frente a la tendencia laizante de la República, no es suficiente motivo para ahogar peticiones que se ajustan al rigor democrático que hoy priva. Que hoy priva, por lo menos en teoría.

Genial discurso de Unamuno en Salamanca

Habría de hundirse España en los peores extravíos, renegando sus gobernantes o directores occidentales de todas las características grandiosas de nuestra Patria, y sólo la voz del gran don Miguel de Unamuno bastaría para conquistar de nuevo la fidelidad perdida.

Su discurso en Salamanca, al abrir el curso universitario, constituye para nosotros la más profunda y gloriosa comunión ante la Patria. El hecho de que España entera haya aplaudido ese discurso de don Miguel es nuestro único optimismo en esta hora, braceando contra la traición y la deslealtad del ambiente.

Guardamos esas grandes palabras de Unamuno por los ritos más difíciles de nuestra lucha. En las jornadas heroicas que gravitan sobre nuestro coraje, cuando los enemigos de la Patria asalten bárbaramente lo más sagrado de nuestro pueblo, la austeridad y la fidelidad gigantesca de esas palabras, nos multiplicarán y venceremos.

¡Oh, Unamuno! ¡Grande y santo Unamuno, voz de la raza, sean eternos tu aliento y tu gloria! ¡Y eterna y gloriosa será España!

Técnica de un golpe de estado

COMO SE APODERO TROTSKY DEL PODER

POR EURZIO MALAPARTE

II

Las palabras que pongo en boca de Lenin no son inventadas: se encuentran textualmente en las cartas dirigidas al Comité Central del partido bolchevique, en octubre de 1917.

Los que conocen todos los escritos de Lenin y particularmente sus observaciones sobre la técnica insurreccional de las jornadas de diciembre en Moscú durante la revolución de 1905, deben estar muy sorprendidos de la necesidad de sus ideas sobre la táctica y sobre la técnica de la insurrección en vísperas de octubre de 1917. Es preciso, sin embargo, reconocer que había sido el único, juntamente con Trotsky, en no perder de vista el objetivo principal de la estrategia revolucionaria; desde el fracaso de las jornadas de julio: el golpe de Estado. Después de algunas vacilaciones (en julio, el partido bolchevique tenía un solo objetivo y de naturaleza parlamentaria: la conquista de la mayoría de los soviets), la idea de la insurrección había llegado a ser para Lenin, como dice Lunacharsky, el motor de toda su actividad. Pero durante su estancia en Finlandia, donde se había refugiado después de las jornadas de julio para no caer en manos de Kerensky, toda su actividad consistía en preparar teóricamente la insurrección. No se podría explicar de otra forma la ingenuidad de sus proyectos de ofensiva militar sobre Petrogrado, apoyada por la acción de los guardias rojos en el interior de la ciudad. Tal ofensiva debería terminar por un desastre; el fracaso de la estrategia de Lenin habría conducido a la derrota de la técnica insurreccional con el asesinato de los guardias rojos en las calles de Petrogrado.

Construendo a seguir los acontecimientos de lejos, Lenin no podía apreciar la situación en todos sus detalles. «Esperar es un crimen», escribía a los comités bolcheviques de Petrogrado y de Moscú. Aunque durante la reunión del 10 de octubre, en que tomó parte Lenin a su regreso de Finlandia, el Comité Central hubiera aprobado por unanimidad (menos dos votos, los de Kamenef y Zynovieff) la insurrección, persistía una sorda oposición por parte de ciertos miembros del comité. Kamenef y Zynovieff eran los únicos que se habían declarado abiertamente contra la insurrección inmediata; pero sus objeciones eran las mismas que hacían secretamente muchos más. La hostilidad de quienes desaprobaban secretamente la decisión de Lenin, se volvía contra Trotsky (el antipático Trotsky, cuyo carácter or-

gulloso comenzaba a despertar alguna preocupación en el seno de la vieja guardia leniniana).

Durante estos días, Lenin se mantenía oculto en un arrabal de Petrogrado. Sin perder de vista el conjunto de la situación, vigilaba atentamente las maniobras de los adversarios de Trotsky. En tal momento, cualquier vacilación habría sido fatal para la revolución. En una carta dirigida el 17 de octubre al Comité Central, Lenin se manifestaba con la mayor energía contra las críticas de Kamenef y de Zynovieff, cuyos argumentos conducían, ante todo, a poner en evidencia los errores de Trotsky. «Sin el concurso de las masas, afirmaban, y sin el apoyo de la huelga general, la insurrección sólo será un golpe destinado al fracaso. La táctica de Trotsky no es más que blanquismo. Un partido marxista no puede convertir la revolución en un complot militar». En su carta del 17 de octubre, Lenin defendía la táctica de Trotsky. «Esto no es blanquismo, dice; en efecto: un complot militar es puro blanquismo si no está organizado por el partido de una clase determinada, si los organizadores no tienen en cuenta el movimiento político en general y la situación internacional en particular. Entre un complot militar, condenable desde todos los puntos de vista y el arte de insurreccionarse, existe una gran diferencia». Kamenef y Zynovieff juzgaron bien al responder: «¿No ha afirmado constantemente Trotsky que la insurrección no debe tener en cuenta la situación política y económica del país? ¿No ha declarado constantemente que la huelga general es uno de los principales elementos de la técnica del golpe de Estado comunista? ¿Cómo contar con el apoyo de los sindicatos y con la proclamación de la huelga general, si no se cuenta con los sindicatos, si los sindicatos están con nuestros enemigos? Ellos harán la huelga contra nosotros. Además, carecemos asimismo de ligazón con las organizaciones de ferroviarios. En su comité ejecutivo sólo hay dos bolcheviques entre cuarenta miembros. ¿Cómo vencer sin la ayuda de los sindicatos, sin el apoyo de la huelga general?»

La objeción es grave; Lenin sólo puede disponer de su inquebrantable decisión. Pero Trotsky sonrío; está tranquilo. «La insurrección, dice, no es un arte, es una máquina. Para ponerla en marcha, hacen falta técnicos, y sólo los técnicos pueden detenerla».

La tropa de asalto de Trotsky se compone de un millar de obreros, de soldados y de marineros. La flor de este cuerpo ha sido reclutada entre los obreros de las fá-

bricas Putiloff y Wiborg, los marineros de la flota del Báltico y los soldados de los regimientos letones. Durante diez días estos guardias rojos, al mando de Antonoff Ovsienko, se entregaron a toda una serie de «maniobras invisibles» en el centro mismo de la ciudad. Entre la masa de desertores que pulularon por las calles en medio del desorden que reina en los palacios del Gobierno, en los Ministerios, en las oficinas del Estado Mayor Central, en Correos, en las centrales telefónicas y telegráficas, en las estaciones, en los cuarteles, en la dirección de los servicios técnicos de la capital, los guardias rojos, sin armas, se entrenan a pleno día en la táctica insurreccional, y sus grupos, poco numerosos (tres o cuatro hombres), pasan desapercibidos. La táctica de las «maniobras invisibles» de entrenamiento para la acción insurreccional de febrero. En esta ocasión, tal energía por su parte había sorprendido a Lenin: «Es preciso desconfiar de Kerensky—decía—, No es ningún imbécil». Ríndase, pues, justicia a Kerensky, ya que en octubre no pudo humanamente comportarse de otra forma. Trotsky afirmaba que la defensa del Estado era cuestión de método. Esto sentido, tenía en cuenta que, en octubre de 1917, sólo podía aplicarse el único método que se conocía: el que fué aprovechado por Kerensky, como podía haberlo sido por Lloyd George, por Poincaré o por Noske. El método clásico de las medidas policíacas.

Con objeto de hacer frente al peligro, Kerensky ha hecho guarnecer por cadetes y cosacos adictos al Palacio de Invierno, el Palacio de Taurides, los Ministerios, las centrales telefónicas y telegráficas y la sede del Estado Mayor General. Los veinte mil hombres con que podía contar en la capital se encuentran movilizados, por consiguiente, para proteger los puntos estratégicos de la organización política y burocrática del Estado. (He aquí el error de que Trotsky va a aprovecharse.) Otros regimientos de asegurada fidelidad, están agrupados en los alrededores: Tsarkoi-Selo, Kalpino, Galchín, Obukhouvo y Pulkouvo: círculo de hierro que la insurrección bolchevique ha de destruir para no perder ahogada. Todas cuantas disposiciones puedan garantizar la seguridad del Gobierno, han sido adoptadas; desatacamientos de «junker» patrullan por las calles noche y día. Hay miles de ametralladoras en los chaflanes, en las extremidades de las grandes arterias, para defender el acceso a las plazas, y sobre los tejados, a todo

do está preparado y que el día de la revolución se acerca. ¿Qué hace el Gobierno? ¿Por qué no ha arrestado a Lenin, a Trotsky y demás miembros del Comité Central? ¿Qué medidas ha tomado para proteger a Rusia del peligro bolchevique? Es inexacto que el Gobierno de Kerensky no haya tomado las medidas necesarias para la defensa del Estado. Kerensky, es preciso rendirle justicia, ha hecho cuanto estaba en su poder para afrontar un golpe de Estado; colocados en su lugar Poincaré, Lloyd George, Mac Donald o Stresemann, no se habrían conducido de otra manera. El método defensivo de Kerensky consistía en aplicar los sistemas de policía en que confían en todo tiempo, inclusive en nuestros días, tanto los Gobiernos absolutos como los liberales. Es injusto acusar a Kerensky de imprecisión y de insuficiencia. Son los sistemas de policía que no bastan a defender al Estado contra la táctica insurreccional moderna. El error de Kerensky es el error de todos los Gobiernos que consideran el problema de la defensa del Estado como un problema de policía. Todos aquellos que acusan a Kerensky de imprecisión y de insuficiencia, olvidan la habilidad y el valor de que hizo alarde en la revuelta de las jornadas de julio contra la revuelta de obreros y desertores, y en agosto contra la aventura reaccionaria de Korniloff. Kerensky no había vacilado en agosto en hacer un llamamiento a las mismas fuerzas bolcheviques, para impedir que los cosacos de Korniloff aniquilaran las conquistas democráticas de la revolución de febrero. En esta ocasión, tal energía por su parte había sorprendido a Lenin: «Es preciso desconfiar de Kerensky—decía—, No es ningún imbécil». Ríndase, pues, justicia a Kerensky, ya que en octubre no pudo humanamente comportarse de otra forma. Trotsky afirmaba que la defensa del Estado era cuestión de método. Esto sentido, tenía en cuenta que, en octubre de 1917, sólo podía aplicarse el único método que se conocía: el que fué aprovechado por Kerensky, como podía haberlo sido por Lloyd George, por Poincaré o por Noske. El método clásico de las medidas policíacas.

do está preparado y que el día de la revolución se acerca. ¿Qué hace el Gobierno? ¿Por qué no ha arrestado a Lenin, a Trotsky y demás miembros del Comité Central? ¿Qué medidas ha tomado para proteger a Rusia del peligro bolchevique? Es inexacto que el Gobierno de Kerensky no haya tomado las medidas necesarias para la defensa del Estado. Kerensky, es preciso rendirle justicia, ha hecho cuanto estaba en su poder para afrontar un golpe de Estado; colocados en su lugar Poincaré, Lloyd George, Mac Donald o Stresemann, no se habrían conducido de otra manera. El método defensivo de Kerensky consistía en aplicar los sistemas de policía en que confían en todo tiempo, inclusive en nuestros días, tanto los Gobiernos absolutos como los liberales. Es injusto acusar a Kerensky de imprecisión y de insuficiencia. Son los sistemas de policía que no bastan a defender al Estado contra la táctica insurreccional moderna. El error de Kerensky es el error de todos los Gobiernos que consideran el problema de la defensa del Estado como un problema de policía. Todos aquellos que acusan a Kerensky de imprecisión y de insuficiencia, olvidan la habilidad y el valor de que hizo alarde en la revuelta de las jornadas de julio contra la revuelta de obreros y desertores, y en agosto contra la aventura reaccionaria de Korniloff. Kerensky no había vacilado en agosto en hacer un llamamiento a las mismas fuerzas bolcheviques, para impedir que los cosacos de Korniloff aniquilaran las conquistas democráticas de la revolución de febrero. En esta ocasión, tal energía por su parte había sorprendido a Lenin: «Es preciso desconfiar de Kerensky—decía—, No es ningún imbécil». Ríndase, pues, justicia a Kerensky, ya que en octubre no pudo humanamente comportarse de otra forma. Trotsky afirmaba que la defensa del Estado era cuestión de método. Esto sentido, tenía en cuenta que, en octubre de 1917, sólo podía aplicarse el único método que se conocía: el que fué aprovechado por Kerensky, como podía haberlo sido por Lloyd George, por Poincaré o por Noske. El método clásico de las medidas policíacas.

do está preparado y que el día de la revolución se acerca. ¿Qué hace el Gobierno? ¿Por qué no ha arrestado a Lenin, a Trotsky y demás miembros del Comité Central? ¿Qué medidas ha tomado para proteger a Rusia del peligro bolchevique? Es inexacto que el Gobierno de Kerensky no haya tomado las medidas necesarias para la defensa del Estado. Kerensky, es preciso rendirle justicia, ha hecho cuanto estaba en su poder para afrontar un golpe de Estado; colocados en su lugar Poincaré, Lloyd George, Mac Donald o Stresemann, no se habrían conducido de otra manera. El método defensivo de Kerensky consistía en aplicar los sistemas de policía en que confían en todo tiempo, inclusive en nuestros días, tanto los Gobiernos absolutos como los liberales. Es injusto acusar a Kerensky de imprecisión y de insuficiencia. Son los sistemas de policía que no bastan a defender al Estado contra la táctica insurreccional moderna. El error de Kerensky es el error de todos los Gobiernos que consideran el problema de la defensa del Estado como un problema de policía. Todos aquellos que acusan a Kerensky de imprecisión y de insuficiencia, olvidan la habilidad y el valor de que hizo alarde en la revuelta de las jornadas de julio contra la revuelta de obreros y desertores, y en agosto contra la aventura reaccionaria de Korniloff. Kerensky no había vacilado en agosto en hacer un llamamiento a las mismas fuerzas bolcheviques, para impedir que los cosacos de Korniloff aniquilaran las conquistas democráticas de la revolución de febrero. En esta ocasión, tal energía por su parte había sorprendido a Lenin: «Es preciso desconfiar de Kerensky—decía—, No es ningún imbécil». Ríndase, pues, justicia a Kerensky, ya que en octubre no pudo humanamente comportarse de otra forma. Trotsky afirmaba que la defensa del Estado era cuestión de método. Esto sentido, tenía en cuenta que, en octubre de 1917, sólo podía aplicarse el único método que se conocía: el que fué aprovechado por Kerensky, como podía haberlo sido por Lloyd George, por Poincaré o por Noske. El método clásico de las medidas policíacas.

do está preparado y que el día de la revolución se acerca. ¿Qué hace el Gobierno? ¿Por qué no ha arrestado a Lenin, a Trotsky y demás miembros del Comité Central? ¿Qué medidas ha tomado para proteger a Rusia del peligro bolchevique? Es inexacto que el Gobierno de Kerensky no haya tomado las medidas necesarias para la defensa del Estado. Kerensky, es preciso rendirle justicia, ha hecho cuanto estaba en su poder para afrontar un golpe de Estado; colocados en su lugar Poincaré, Lloyd George, Mac Donald o Stresemann, no se habrían conducido de otra manera. El método defensivo de Kerensky consistía en aplicar los sistemas de policía en que confían en todo tiempo, inclusive en nuestros días, tanto los Gobiernos absolutos como los liberales. Es injusto acusar a Kerensky de imprecisión y de insuficiencia. Son los sistemas de policía que no bastan a defender al Estado contra la táctica insurreccional moderna. El error de Kerensky es el error de todos los Gobiernos que consideran el problema de la defensa del Estado como un problema de policía. Todos aquellos que acusan a Kerensky de imprecisión y de insuficiencia, olvidan la habilidad y el valor de que hizo alarde en la revuelta de las jornadas de julio contra la revuelta de obreros y desertores, y en agosto contra la aventura reaccionaria de Korniloff. Kerensky no había vacilado en agosto en hacer un llamamiento a las mismas fuerzas bolcheviques, para impedir que los cosacos de Korniloff aniquilaran las conquistas democráticas de la revolución de febrero. En esta ocasión, tal energía por su parte había sorprendido a Lenin: «Es preciso desconfiar de Kerensky—decía—, No es ningún imbécil». Ríndase, pues, justicia a Kerensky, ya que en octubre no pudo humanamente comportarse de otra forma. Trotsky afirmaba que la defensa del Estado era cuestión de método. Esto sentido, tenía en cuenta que, en octubre de 1917, sólo podía aplicarse el único método que se conocía: el que fué aprovechado por Kerensky, como podía haberlo sido por Lloyd George, por Poincaré o por Noske. El método clásico de las medidas policíacas.

lo largo de la perspectiva Neusky. Patrullas de soldados circulan entre la masa y los «autos» blindados pasan lentamente abriéndose camino con un prolongado toque de sirena.

El desorden es espantoso. «He aquí una huelga general», dice Trotsky a Antonoff Ovsienko, enseñándole la turba que pulula por la perspectiva Neusky.

Pero Kerensky no se ha limitado a las medidas policíacas, sino que ha puesto en movimiento toda la máquina política. Desca asegúrese, a cualquier precio, el apoyo de las izquierdas. Lo que más le preocupa son los sindicatos, sabiendo que sus jefes no están de acuerdo con los bolcheviques. Sobre este punto, la crítica de Kamenef y de Zynovieff a la tesis insurreccional de Trotsky, es fundada. La huelga general es elemento indispensable para la insurrección como «un puñetazo a un paralítico». Para que la insurrección triunfara, era preciso paralizar la vida de Petrogrado por medio de la huelga general. Los jefes de los sindicatos no marchan de acuerdo con los bolcheviques; pero las masas organizadas se inclinan hacia Lenin. En defecto de las masas, Kerensky desea contar con los jefes de los sindicatos, con los que negocia, obteniendo, por fin, y a duras penas, su compromiso de neutralidad. Cuando Lenin fué advertido, declaró a Trotsky: «Kamenef tenía razón. Sin el apoyo de la huelga general tu táctica sólo puede fracasar». «Tengo el desorden por mío», responde Trotsky; esto es mejor que una huelga general».

Para comprender el plan de Trotsky, es preciso formarse idea de lo que era entonces Petrogrado: masas enormes de desertores, que a principios de la revolución de febrero habían abandonado el frente, lanzándose sobre la capital como para poner a sacó el reinado de la libertad, acampaban desde hacía seis meses en medio de las calles y plazas, sucios, miserables, tímidos, aunque feroces, tan prestos a la revuelta como a la huida, y devorado el corazón por la sed de venganza y de paz. Sentados en la acera de la perspectiva Neusky, a la orilla del río humano que deambulaba, lenta y tumultuosamente, interminables filas de desertores venden armas, sueltos de propaganda y semillas de tornasol. En la plaza Inamensgaia ante la estación de Moscú, reina un desorden indescriptible; las masas se pegan a los muros, refuyen, toman fuerzas de nuevo, ruedan adelante, para estrellarse como una marea espumante sobre un amasijo de carros, camiones y tranvías hacinados alrededor de la estatua de Alejandro III, con un clamor ensordecedor que parece, de lejos, el clamor de una matanza. Más allá del puente Fontanka, en el cruce de las Perspectivas Neusky y Liteine, los vendedores de periódicos anuncian a grito herido las medidas tomadas por Kerensky, las proclamas del Comité militar revolucionario, del Soviet, de la Duma municipal, las órdenes del coronel Polkownikoff, comandante de la plaza, que amenaza con apresar a los desertores y prohíbe las manifestaciones y los mítines. En las esquinas hay grupos de obreros, estudiantes, empleados y marinos, discutiendo y gesticulando en alta voz. En todas partes, en los cafés y en las «stalovaii», se hace mofa de las proclamas del coronel Polkownikoff, que

pretende detener a doscientos mil desertores de Petrogrado y que intenta prohibir los mítines. Ante el Palacio de Invierno han sido emplazadas dos baterías del 75. y los «junker», con sus largos capotes, pasean nerviosamente ante las piezas. Dos filas de automóviles militares se alinean ante el Palacio del Estado Mayor General. Del lado del Amiranazgo, el jardín Alexander está ocupado por un batallón de mujeres sentadas en el suelo, alrededor de los fusiles, en pabellón.

La plaza Marinskaia rebosa de obreros, de marinos y de desertores. En la entrada del Palacio María, residencia del Consejo de la República, presta guardia un destacamento de cosacos con sus altas chapkas de pelo negro sobre la oreja. Fuman, hablan en alta voz y ríen.

Si se subiera a lo más alto de la cúpula de la catedral Isaac, podría verse al Oeste cómo se elevan espesas nubes de la fábrica de Putiloff, donde los obreros trabajan con el fusil cargado a la espalda; más lejos, el golfo de Finlandia; detrás, la isla de Rothin, el fuerte de Cronstadt, Cronstadt el Rojo, donde los marineros de ojos claros, infantiles, esperan la señal de Dybenko para marchar en socorro de Trotsky y asesinar a los junkers. Del otro lado de la ciudad, una nube roja pesa sobre el arrabal de Wiborg, donde se oculta Lenin, pálido y febril bajo su peluca, que le da un aire de provinciano. En este hombre rasurado, con los cabellos postizos aplastados sobre la frente, nadie podría reconocer al terrible Lenin que hace temblar a Rusia. Es allí, en las fábricas de Wiborg, donde los guardias rojos de Trotsky esperan las órdenes de Antonof Ovsienko. Las mujeres de los arrabales tienen los ojos duros y el semblante macilento.

Hacia el crepúsculo, desde que la obscuridad parece sumir las calles, bandas de mujeres armadas se encaminan hacia el centro de la ciudad. Jornadas de emigración proletaria; masas enormes se despiden de un extremo a otro de Petrogrado, volviendo a sus barrios después de horas y horas de marcha, a través de mítines, manifestaciones y motines. En cuarteles, fábricas y plazas, los mítines suceden a los mítines. «Todo el poder a los Soviets». La voz de los oradores se extiende desde los pliegues de las banderas rojas hasta los tejados, donde los soldados de Kerensky escuchan, apoyados en sus ametralladoras.

La noche cae sobre la ciudad como una nube muerta. En la inmensa Perspectiva Neusky, la marea de desertores sube hacia el Almirantazgo. Ante la catedral de Kazan, centenares de soldados, de mujeres y de obreros vivaqueen tendidos en tierra. Pronto se verá surgir de esta masa hombres armados de cuchillos, ebrios de insomnio, que se lanzarán sobre las patrullas de junkers, sobre el batallón de mujeres que defienden el Palacio de Invierno. Otros, forzando las puertas, irán a buscar los burgueses en sus mismas casas y los sorprenderán en el lecho con los ojos abiertos. La fiebre de la insurrección ha matado el sueño de la ciudad. Como lady Macbeth, Petrogrado no podrá dormir más. Sus noches están saturadas por el olor de la sangre.

(Continuará.)

CARTA DE ROMA

La escuela única fascista

El genio reformador de Mussolini dió una prueba de las más irrefutables con la organización de la escuela única.

Como tantas otras fórmulas, la de la escuela única vale, no por su definición, sino por la realización.

En verdad, la escuela única fascista, ferocemente sectaria, es la antítesis de la escuela única hipocrita o cándidamente democrática. Si ésta tiene sobre todo presente la igualdad formal respecto a la enseñanza, si es el único medio de selección individual en un país demoliberal burgués, la primera atiende con exclusividad a la formación de un italiano moderno a imagen y semejanza del Duce.

No cabe duda alguna sobre esto, y quien la tenga ha de abandonarla cuando lea la reciente circular del Ministerio acerca de los servicios de enseñanza, en la que se contienen estas instrucciones:

«El fascismo no puede ni deberá jamás considerar la escuela como neutra, con todas las facilidades de deformación que comporta tal efecto. La escuela es-

Al seguir el monopolio de la educación física, la obra nacional de las *Balilla* se adueñó de la enseñanza técnica, agrícola y forestal post escolar, dirigiendo colonias, parques, mercados, fundando estadios, organizando excursiones.

En el dominio de la educación intelectual, fué alrededor de 1925 cuando Mussolini inició el monopolio de la enseñanza por el fascismo. Era en los medios intelectuales, menos dominados por los intereses groseros y más inteligentes, donde mejor preveían la trayectoria y los propósitos del fascismo con su reforma de todas las libertades, donde se contaban en mayor número los adversarios de Mussolini. Este, hábil, lividó una vez más, atacando primero a la *Masonería*, para lo que tuvo el apoyo de los católicos, sobre todo de su Estado Mayor, la Compañía de Jesús.

Después disolvió la *Federación de las escuelas medias* (de profesores de enseñanza secundaria) y la *Unión del Magisterio* (de profesores primarios), creando



Niños italianos de la organización "Balilla".

tá en el centro de una nación que está en trance de rehacerse; la escuela también debe estar en el centro del régimen.»

Pero será acaso más dilucidativo un examen de la cuestión en conjunto.

Desde el principio de la revolución de 1922, el fascismo viene ejerciendo una obra progresiva, y bien calculada, de invasión, de subversión, de absorción, en el campo de la enseñanza, como, además, en la política sindical y corporativa. Del mismo modo ha procedido en la política constitucional, pues verificándose en 22 de octubre de 1922 la marcha sobre Roma, no se acordó, inmediatamente el derrumbamiento de la Constitución liberal. Mussolini procuró primero reformarla, adaptarla al fascismo, y fué en 1925 cuando se decidió a precipitar su acción y a establecer un orden político completamente nuevo.

Primero trató de introducir el fascismo en la Constitución y después introdujo la Constitución en el fascismo.

la Asociación Nacional de miembros de la enseñanza fascista. Como ya existía la Asociación de Profesores de las Facultades Fascistas (de profesores de la enseñanza superior), fundiéndose las dos en una que agrupa los representantes del profesorado en todos sus ramos. Convertida la escuela, de arriba abajo de la columna vertebral, al fascismo, completóse la obra con un aluvión de folletos, revistas y libros de pedagogía fascista. Un libro especial para los niños el *libro del Estado*, comenzó la reforma espiritual en las más tiernas edades.

Ahora bien, el monopolio educativo del fascismo fué extendiéndose hasta llegar a las escuelas, a los centros y a las organizaciones de la Acción Católica. Y los católicos que hasta hacía poco habían aplaudido y hasta conyuvado a los métodos fascistas contra las ideologías opuestas a las suyas, sintieron el peso del sectarismo fascista y protestaron entonces contra la abolición de la conciencia individual impuesta por el



Muchachos fascistas descansando después de una marcha

Este proceso lento de ataque, ya a las clases, ya a los intereses, ya a las ideas, le fué seguramente inspirado por el viejo principio de Napoleón: «Dividir para triunfar.»

Mussolini triunfó porque sus enemigos eran egoístas, rapaces, charlatanes y poco valerosos.

Durante el período revolucionario de 1922 fué creado el Cuerpo de los *Balilla*, para los muchachos. En 1926 se dió carácter oficial a esta organización partidista, y un año después le fué confiada la educación física de la juventud. Al año siguiente eran disueltas las asociaciones católicas de los *boy-scouts*.

De hecho, el monopolio de la educación física estaba ya en manos del fascismo.

Ahora bien; quien haya observado la enorme influencia que las asociaciones deportivas ejercen en nuestros días sobre las últimas generaciones, sobre la disciplina moral de los jóvenes que las forman, tanto o más que sobre el desenvolvimiento físico de las mismas, sabrá apreciar la habilidad de la tática fascista y valorar el error de los adversarios del fascismo, que estuvieron dormidos en el combate político y social y luego continuaron la desunión en la lucha por la libertad de conciencia.

Duce, en beneficio de una superior conciencia colectiva.

La escuela única del fascismo—que desde los siete años inculca al niño la idea del Estado soberano y la obediencia ciega—no puede ser aceptada ni por la iglesia católica ni por los liberales. Pero con una diferencia: mientras que la iglesia católica la combate, porque quiere a su vez deformar los espíritus infantiles e inyectarles, encima de todo, en lugar de la idea del Estado soberano, la de Dios *super omnia*, sin examen y con obediencia tanto o más ciega que la del fascismo, los liberales combaten la educación fascista y su escuela única, porque quieren la escuela neutra, apolítica, independiente.

Hasta aquí me llega el rumor de algunos proyectos de Marcelino Domingo. ¿Se piensa establecer en España la escuela única? ¿Qué escuela única? Estas respuestas tendrán que contestárnoslas el señor ministro de Instrucción pública, antidogmático, bilingüe, liberal y estatutista, o el señor director general de Primera enseñanza—don Rodolfo Llopis—que tantas veces soba y resoba la manoseada frasecita de Zinzovief: «Hay que apoderarse del alma del niño.»

SANTIAGO ARNAIZ

Un episodio revolucionario

(Viene de la 2.ª plana)

de mujeres y de niños del arrabal de San Antonio, que acudieron desde sus talleres y boardillas al bulevar al oír los disparos del cañón. Conocióse en los trajes de esta multitud y en lo demacrado de sus cuerpos la estenuación de un pueblo al que falta el pan y el trabajo desde algunos meses. Se oía en lontananza y en derredor un zumbido sordo y prolongado, como el que sale de una columna en ebullición.

...había encargado a Lachaud que anotase en su memoria y luego sobre el papel los gritos, los murmullos y las vociferaciones que escuchase, con el fin de conocer por este medio las quejas, los deseos y los cargos formulados por el pueblo, a fin de disponer los medios de conjurar el peligro con pleno conocimiento de causa. He aquí, pues, reproducidas literalmente, las voces de aquella inmensa sedición:

«¿Quién es aquel que monta el caballo negro?... ¿Es un miembro del Gobierno provisional?... ¡Viva L...! Quiero estrecharle la mano... quiero tocar su caballo... (Voces de algunos hombres no mal trajeados, situados en las calles de árboles.) ¡Mueran L...! (Miles de voces cubren con su chiffla aquel grito de muerte.) (Muchos obreros en mangas de camisa rodean el caballo de L... y le hablan todos a la vez, unos de cerca, otros de lejos.) ¡No tengáis miedo, L...! No somos facciosos... no somos asesinos... ¡No queremos sangre ni saqueo!... ¡Somos honrados trabajadores, que pedimos trabajo y pan!... ¡Mirad, mirad nuestras mujeres, nuestras hijas y los niños que nos acompañan!... ¡Mirados, qué pálidos, flacos y mal vestidos están!... ¡Hace cinco meses que estamos a media ración, a fin de pagar la libertad en lo que vale! ¡No nos pesa!... ¡Pero la libertad debe mantenerse al pueblo!... ¡Disolved la Asamblea Nacional!... ¡Fuera la Asamblea Nacional!... ¡No sabe hacer nada!... ¡Está perdiendo el tiempo!... ¡Gobernadnos solo!... ¡Sí, sí, sed gobierno solo!...»

L...—¡Lo que pedís es un atentado criminal! ¡La Asamblea es la Francia! ¡Dadle el tiempo necesario; no se organiza un Gobierno y un pueblo en una sola sesión!

Las voces.—¡No, no; no nos comprendéis... no hace nada... no conoce nuestras necesidades!... ¡Gobernadnos solo!... ¡Os obedeceremos... lo juramos!... ¿No os hemos obedecido cuando no quisisteis la bandera roja?... ¿No os hemos obedecido cuando nos llamasteis el día 16 de abril, para libertaros de los comunistas que os tenían sitiado en el Ayuntamiento?... ¿Cuándo hemos dejado de obedeceros?... ¡Decidlo!... ¡Somos pobres, pero somos buenos ciudadanos, buenos muchachos, que os obedecerán siempre!... ¡Pero gobernadnos solo!... ¡Un Gobierno, es pan para nuestros hijos!...»

¡PAN Y TRABAJO. ESO ES LO QUE QUEREMOS!...

Clamor en toda la línea.—¡Pan y trabajo!... ¡Basta de sangre!... ¡No queremos la insurrección!... ¡Pero disolved aquella Asamblea de charlatanes!... ¡Acabad con ella pronto, o no respondemos de nosotros mismos!... ¡Nada venganzas, nada de cadalsos!... ¡Perdón para los vencidos!... ¡Un Gobierno... un Gobierno!... ¡Pan y trabajo!... ¡Humanidad para todos!... ¡Somos franceses!... franceses!...

He aquí literalmente copiados los gritos: confusos, lamentables y, sin embargo, humanos, de una de las mayores rebeliones del pueblo francés. Comparada con el momento actual español. ¿Verdad que posee un fondo en todo idéntico a él?

Tiene que asemejarse. Ahora como entonces, aquí como allí, es el resultado de una libertad ficticia, creada por el egoísmo de unos hombres apócrifos, miserables beduinos, incapaces de sentir ideas elevadas. ¡Oh, que libertad más repugnante, igual a la del abandono de un ciego en el desierto! ¡Qué fácil manjar para los buitres!

José Luis SERRANO.

CARTA DE BERLÍN

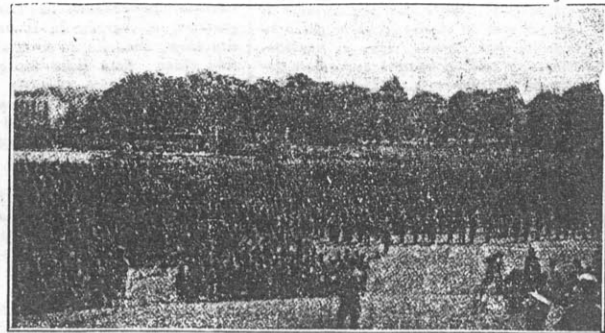
El triunfo nacional socialista en Hamburgo

La victoria del partido Hitler en las recientes elecciones de Hamburgo, ha sido bastante amarga para las fuerzas que sostienen al Gobierno. Toda la prensa oficial había predicho la derrota y la disolución del partido nacional-socialista, celebrando que el «sentido común» del «gran» Dr. Brüning se bastase solo para gobernar a Alemania. Y ahora se ha demostrado documentalmente de nuevo que el gran movimiento de liberación alemana sigue triunfalmente su marcha.

Toda Alemania puso durante las elec-

rán de que en Alemania es sólo posible un régimen nacional-socialista. Con Hitler está Alemania; con los de partidos sólo un conjunto informe, interesados, cobardes y canallas.

Las elecciones de Hamburgo han constituido, a la vez, el saludo más afectuoso para los ministros franceses que visitaron recientemente Berlín, los cuales se preocupan de expatriar a los jóvenes obreros sin trabajo a sus colonias para dar el golpe de gracia al encañamiento económico de Alemania. Hamburgo ha sido hasta ahora una



Hitler habla a 100.000 nacional-socialistas.

ciones sus ojos en Hamburgo, y los partidos enviaron a esta ciudad a sus jefes, porque las elecciones en este punto revisten grandísima importancia, dado el carácter internacional que corresponde a Hamburgo.

fortaleza de la socialdemocracia. Desde 1928, cuando comenzó a hacerse sensible la corriente nacionalista, empezó el retroceso de este partido de traidores. El número de votos socialistas disminuyó de 1928 a 1930 en cerca 6.000, y ahora, en un año, o sea hasta 1931, han perdido más de 26.000. Una gran parte de estos electores se afilia al comunismo, y por tanto, cada día aparece más claro que la lucha final se entablará entre este partido y el nacional-socialismo. A pesar de que el centro apoya a los socialistas, su derrota no la puede evitar nadie y por eso puede decirse que ambos partidos quedan reducidos a la más mínima importancia.



Banderas hitlerianas.

Los esfuerzos y la coacción desarrollada por la corriente bolchevique y socialdemócrata para arrastrar al pueblo, ha fracasado, pues éste, desengañado por la pésima situación económica que le creó el predominio anterior de estos partidos, reaccionó triunfalmente a favor de Hitler. El éxito de éste ha sido tan clamoroso que el Gobierno de Berlín no dudará que es llegada para él la hora de la dimisión.

Con la conciencia orgullosa de haber cumplido su deber para con el partido, el jefe hitleriano de Hamburgo, R. Kaufmann, ha comunicado a toda Alemania noticias sobre la gran victoria. Con honda alegría legn hoy esas noticias los millones de nacional-socialistas que hay en Alemania.

De nuevo se ha afirmado, pues, la gran fe del pueblo alemán. Toda la Alemania desesperada y sacrificada, contempla su valor, su voluntad y su fuerza, comprendiendo la fecundidad del sacrificio y de la lucha. Y con orgullo mira hoy el comportamiento de la vieja ciudad hanséatica.

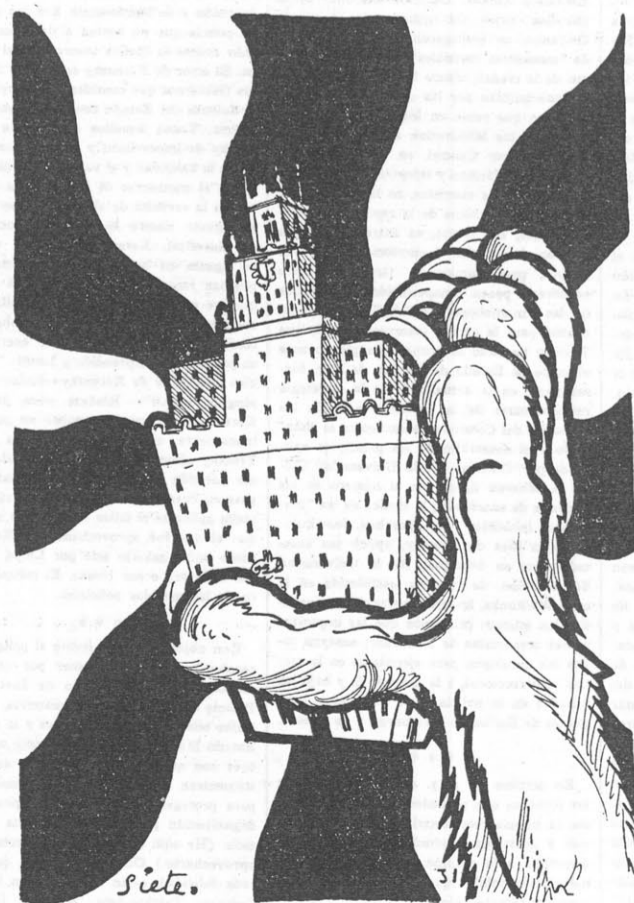
Los países extranjeros se convence-

En comparación con el año 1928 —perdido también votos el partido nacionalista de Hugenberg, pero los ha ganado en relación a 1930. Ha sufrido una grave derrota el partido populista del fallecido Stressemann.

El nacional-socialismo tuvo en 1928 18.000 votos escasos. En 1930, para las elecciones del Reichstag, 144.000. Ahora, en estas últimas, para el Parlamento local ha conseguido 202.000 votos. Si se excluye a los comunistas, el nacional-socialismo es el único que ha aumentado en fuerza electoral. He aquí, por tanto, cómo adquiere de nuevo realidad la expresión: «¡O ellos o nosotros!» La tolerancia socialdemócrata permite el fortalecimiento de los comunistas. Pero cuando fracase el actual equilibrio centrista, el único capaz de dominar el caos que sobrevenga será Adolfo Hitler.

RUDOLF BADER

Berlín.



Nuestra garra hispánica - Símbolo de Imperio - estrujará al rapaz capitalismo extranjero

Teléfono de
"La Conquista del Estado"
90327

El día 12 de octubre, fiesta de la raza, enviamos un saludo a los pueblos hispanos de América

Leed todos los sábados
"La Conquista del Estado"

GRAFICA LITERARIA.—Hernani, 34.

